

BOLIVIA - La Utawawa, tradición indígena contra la deserción escolar

María Magdalena Charqui es una niña indígena boliviana de 12 años que responde a casi todo con una sonrisa y un simple "sí", una timidez sólo aparente porque en su escuela de la remota aldea de Jiskanki, en el suroeste de Bolivia, tiene fama de buena alumna. Charqui ha recibido un premio por declamar poemas y se esfuerza por ser una de las mejores deportistas del lugar.

María Magdalena, sus dos hermanos y dos primas, así como otros 34 niños y adolescentes, se benefician en Jiskanki de un programa de hospedaje estudiantil que aprovecha una costumbre antigua, conocida como "Utawawa" ;, que permite a las comunidades aimaras y quechuas dispersas del área rural de Bolivia enviar a sus pequeños a otras localidades donde existe una oferta educativa, al menos hasta el octavo grado.

Jiskanki pertenece al municipio minero de Llallagua, en el norte del departamento andino de Potosí, aproximadamente a 370 kilómetros al sur La Paz, en una región de Bolivia donde la pobreza es hiriente, pero donde desde hace cinco años un proyecto de innovación educativa permite a los pobladores respirar un cierto optimismo acerca del futuro de estos niños.



En su origen, la tradición de la "Utawawa", que significa en aimara, niños de la casa, tenía un defecto: condicionaba el alojamiento de los pequeños en casas

de familiares o de compadres, a cambio de que ayudaran en la agricultura o tareas domésticas. La experiencia demostró que la combinación de trabajo y estudio siempre acababa en un rotundo fracaso para los niños.

La Fundación Pueblo ha introducido una variante en esa arraigada costumbre para que los niños sean hospedados sólo de lunes a viernes en casas similares a las suyas, donde las familias anfitrionas les garanticen el mismo desayuno, almuerzo y cena que tendrían en sus casas, por un pago mensual que elimina el riesgo del trabajo infantil. El programa garantiza además el empleo de una persona como coordinadora de las madres anfitrionas y de los niños.



Los padres de María Magdalena viven en Umiri, a dos horas a pie de Jiskanki, que tiene conexiones viales deficientes. Si la niña no se beneficiara del programa Utawawa, estaría obligada a caminar cada día un total de cuatro horas, dos de ida y dos de vuelta, para dedicar otro tanto a sus estudios.

De hecho, el problema del acceso a las escuelas rurales es uno de los más graves de la educación en Bolivia. Se ha calculado que entre las comunidades dispersas y un núcleo escolar con mejor oferta educativa hay una media de once kilómetros, que los niños cubren siempre a pie.

María Magdalena cursa el sexto grado y fue una de las premiadas por el director de la escuela, Hermógenes Soruco, por su buena participación en un concurso de recitadores de poesía. El modesto premio consistió en un juego de reglas y un cuaderno.

Tras la comida llega la hora del deporte. Los niños y niñas, algunas de ellas con sus típicas polleras indígenas, trotan en la cancha de la comunidad y otros juegan fútbol, incluso con abarcas o descalzos.

En resumidas cuentas, son estas condiciones las que permiten que los niños beneficiados con el programa no rompan el vínculo con su contexto social y cultural y que las madres anfitrionas se mantengan en el programa porque no se les exige más de lo que ellas hacen por su propia familia.



Por: Agencia Española de Noticias EFE

Publicado en: Alianza Metropolitan News (periódico comunitario bilingüe de publicación mensual fundado en 1989 con sede en San José, California).

Descargado en Dic.2010 de <http://www.alianzanews.com/noticiafull.asp?id=1490>